

Palabras de Rafael Cuevas Molina en el acto de entrega del Premio Nacional de Literatura “Miguel Ángel Asturias” 2021¹

Words by Rafael Cuevas Molina at the award ceremony for the National Prize for Literature “Miguel Angel Asturias” 2021

Rafael Cuevas Molina

Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional, Costa Rica

*Autor a quien se dirige la correspondencia: cuevas_cr_2000@yahoo.es

Autoridades gubernamentales aquí presentes,
Amigas y amigos:

Me ha llamado en estos días Miguel Ángel Asturias Amado para decirme cómo cree él que este premio complacería a su padre, cuyas líneas, que transcribo a continuación y que se pueden encontrar en *El espejo de Lida Sal*, la Fundación Miguel Ángel Asturias puso en una pequeña esquila de felicitación que hizo pública:

¡Ah, si pudiera entrar al servicio de la Diosa de las Palomas de la Ausencia, la sagrada Ixmucané, dejaría este encaminar y encaminar desaparecidos hasta la encrucijada de los cuatro caminos, donde los dejo, después de señalarles el buen camino, el camino por donde no han de perderse, y de advertirles que no están muertos, que solo han desaparecido del mundo de los vivos!

¡Ah, si pudiera entrar al servicio de la Diosa de las Palomas de la Ausencia, la sagrada Ixmucané, si pudiera desandar todo lo caminado, encaminando desaparecidos, que es la distancia que me separa de la Puerta de los Calendarios; (Asturias, 1967, pp. 77-79)

Amigas y amigos:

La recepción de un galardón como el que generosamente se me confiere debe iniciarse siempre, con los agradecimientos. Primero, a quienes consideraron que mi trabajo merecía ser presentado a este premio, el Instituto de Estudios de la Literatura Nacional (INESLIN) y la Dirección General de Investigación (DIGI), ambos de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Para mí, que la propuesta partiera de la Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC) tiene especial relevancia. Hace ya 50 años, en el marco de uno de los períodos más turbulentos de la historia política reciente de Guatemala, mi padre

¹ Acto realizado el 27 de diciembre del año 2021, en el Palacio Nacional de la Cultura, Ciudad de Guatemala.



fue elegido rector de esa casa de estudios, y yo, un par de años después, ingresé a sus aulas, siendo recibido, junto a miles de estudiantes más, por los entonces recién pintados murales que el Tecolote, y una pléyade de artistas e intelectuales aguerridos, habían plasmado como un grito en las paredes de la Ciudad Universitaria en la zona 12.

Era tiempos revueltos en los que tuvimos que asistir al sepelio de queridos profesores que fueron asesinados, con quienes habíamos compartido alegremente almuerzos campestres o veladas extendidas en donde, con entusiasmo, se soñaba con una Guatemala distinta a la que, en aquel entonces, prevalecía desde hacía ya casi 20 años.

Pero, aun así, no sospechábamos la embestida que se aproximaba en el futuro cercano. Poco tiempo después, la violencia se incrementó hasta límites que no conocen parangón en América Latina y que, por conocida, no voy a repetir aquí. Lo que quedó de ese tiempo apocalíptico fue una Guatemala desgarrada, cuyas consecuencias vemos hoy en día, cuando miles de compatriotas tienen que partir fuera de nuestras fronteras para tratar de encontrar formas más dignas de vida, nos acecha la violencia y el Estado se descompone penetrado por la corrupción del crimen organizado.

En esa situación, nuestra familia tuvo que partir. Al hacerlo, dejó tras de sí, arrollados por el carro de la muerte, a algunos de sus miembros. Quien haya vivido la destemplanza del exilio sabe de qué estoy hablando. Quienes habíamos estado en sitaliales de privilegio, amparados por la sombra del prestigio, tuvimos que aprender a vivir en los bordes.

Nuestra Universidad de San Carlos quedó en lontananza, diezmada por los embates que continuamente recibía, por la diáspora obligada y el miedo. Por eso, reencontrarme con ella por medio de esta candidatura al premio que han hecho en esta oportunidad, reviste para mí especial importancia.

Debo agradecer, también, al jurado, que según creo entender, discutió arduamente quién sería la persona elegida. Agradezco que, con hidalguía, quienes no pudieron hacer prevalecer su parecer, tan valioso como cualquiera, no vacilaran en reclamar, cuando lo creyeron necesario, que el dictamen que habían producido fuera hecho público, según lo previamente establecido.

He estado en calidad de jurado en varias oportunidades, y sé de los tira y encoge a los que son sometidos, así que mi reconocimiento a su trabajo parte de conocimiento de causa.

Va también mi profundo agradecimiento, tal vez en primer lugar, a mis amigos queridos que, sin decir agua va, decidieron postularme y hacer la labor de conjuntar documentos y respaldos, para hacer realidad, más que un reconocimiento a la calidad de lo que escribo, una prueba de la amistad profunda que nos profesamos.

Y no puedo olvidar en esta enumeración sumaria y nunca exhaustiva que hago, al país que me dio acogida hace ya más de 30 años, Costa Rica, que a estas alturas tiene cimentada una de las más robustas tradiciones de acogida de quienes son perseguidos en sus lugares de origen. En ella pude tener trabajo, realización profesional y, cuando fue necesario, respaldo solidario. Ahí pudimos criar a nuestras tres hijas, mi esposa y yo en un ambiente que les permitió ver con ojos distantes los avatares por los que tuvieron que pasar sus abuelos, sus tíos y sus padres. Por eso, un saludo desde aquí a Costa Rica, pequeño país en el extremo opuesto de istmo, a todos mis amigos que, después de tantos años de compartir, se han alegrado de este reconocimiento que me brinda mi patria querida. Y, en su seno, a la Universidad Nacional, en donde no solo me acogieron, sino que apoyaron todas las aventuras creativas que se me han ocurrido, acorde, por cierto, con el espíritu que debe prevalecer en la academia.

Una vida signada por la violencia y el éxodo forzado por diferentes países es rica para la literatura y no debía desperdiciarse la oportunidad, y eso es simplemente lo que he hecho. No hay secreto, como, tal vez también, no hay alternativa, porque la literatura, como el arte en general, tienen una poderosa capacidad terapéutica que nos aleja del diván del sicoanalista. Escribir ha sido, prácticamente, un salvavidas al que, a veces febrilmente, puede uno asirse para hacer la catarsis que desentumece el alma y

le permite volver al redil de la normalidad. Por eso, Guatemala ha estado siempre en el vórtice de ese huracán en el que nos ha tocado nacer y vivir a todos y que yo intento literaturizar.

No siempre ha sido fácil hacerlo, porque la realidad a veces sobrepasa incluso las propiedades terapéuticas de la literatura. Cuando escribí mi novela 300, por ejemplo, hubo momentos en los que me faltó el aliento. Cuando la menor de mis hijas, Camila Anaité, cumplió 15 años, mi esposa Paulette y yo decidimos que vendríamos a Guatemala con ella y mis otras dos hijas, Tania Gabriela y María Valentina, para que yo les mostrara pausadamente ese país del que tanto se hablaba y añoraba. No puedo describir la hecatombe interior que sentí en esa oportunidad, tal vez porque por primera vez verbalicé, en los lugares de los hechos, hitos que signaron la vida. Si ya de por sí venir a Guatemala ha constituido siempre para mí una emoción muy fuerte, en esa oportunidad fue el clímax y, al volver, no pude sino expulsar un torrente que dio como resultado esa novela.

Cuento lo anterior solo a manera de anécdota para que se tenga una dimensión de cómo la literatura puede constituir un poderoso instrumento personal para afrontar la vida. Pero sus funciones no se agotan, ni lejanamente, en esa dimensión. Además de ser un poderoso testimonio del tiempo que le ha tocado vivir a quien crea, puede también cumplir la función de recuperador y reverdecedor de la memoria, ese espacio de la conciencia social en constante disputa, en donde quienes ostentan posiciones de poder, se empeñan por hacer prevalecer su interpretación del pasado.

En Guatemala, que ha sufrido el enfrentamiento fratricida, esta disputa por la memoria está permanentemente presente en todos los órdenes de la vida, y quienes se encuentran en posiciones subalternas, no tienen las mismas posibilidades de dar a conocer su interpretación de los hechos acaecidos en el pasado. De ahí que la literatura puede convertirse en una poderosa herramienta para difundir visiones alternativas, sacar de la oscuridad lo que quiere ocultarse, y dar voz a quienes permanecen subsumidos y estigmatizados. Eso es lo que he intentado hacer.

Que la literatura es expresión profunda de la subjetividad de quien escribe lo demuestra mi incapacidad para escribir, durante casi toda mi vida, temáticas que no fueran la de Guatemala y Centroamérica marcada por esa dinámica. Por más que intenté escribir sobre la realidad que me rodeaba inmediatamente, la costarricense, no lo lograba. Hasta que, en el contexto de la pandemia, encontré una voz que, por fin, me lo permitió. Fue una voz desde lo marginal, desde lo periférico, un lugar en el que, aunque tal vez los logros de mi vida no lo testimonien, me siento situado. Fue así como logré escribir sobre la realidad costarricense, pero desde un ángulo que podríamos llamar sui géneris: el de los migrantes nicaragüenses que, por miles, llegan allá. De alguna forma, lo que ellos viven rememora en mí lo ya vivido, los entiendo, no deben contarme nada para saber qué están sintiendo, los avatares de la orientación inicial, el rechazo de quienes a veces se sienten superiores, el dolor de dejar el lugar de lo natural. Me inscribo así, de una forma inédita en ese país, en su literatura, pero desde una posición inusual, que no ha sido ocupada antes por nadie ahí.

No hago mención de esta situación para ponerme en postura de originalidad personal, a la que tanto aspiramos quienes hacemos labor creativa, sino para evidenciar algo que ha constituido una búsqueda constante en lo que hago y que creo que constituye uno de los retos más grandes de cualquier creador o creadora: la honestidad, lo que implica saber en dónde se está ubicado en el mundo y la sociedad, y ser consecuente con esa posición. La mía es, como ya dije, la de la periferia, la de la orilla, algo que ahora he descubierto con fuerza y está marcando lo que escribo.

Creo ser, entonces, un escritor que se esfuerza por recoger la voz de su tiempo, uno que se concentra en nuestra Guatemala pero que la trasciende, abarcando un espacio que podemos llamar centroamericano. En esa voz tiene lugar tanto el drama del incruento genocidio como la guerra que hubieron de librar con la contra los sandinistas. El desplazamiento de campesinos en las faldas del volcán Guazapa en El Salvador como la onda tristeza de los migrantes nicaragüenses en Costa Rica.

Se trata de una Centroamérica cuyos indicadores económicos y sociales la muestran a la cola de muchos de los índices del desarrollo. Se trata de una verdadera tragedia que no es producto de la naturaleza sino de lo que hemos hecho con este país. Esa tragedia tiene que ser expresada por la literatura, evidenciarla y desmenuzarla en sus intersticios más íntimos. No voy a decir que esa es su función, pero sí que es una función que no debemos desdeñar y a la que tenemos que ponerle atención.

No quiero ponerme solemne y empezar a dar lecciones. Antes de parecer pesado, voy a terminar estas palabras. Agradezco a quienes han tenido la bondad de escucharme, pero antes de agradecer su presencia, quiero decirles algo: he visto en estos días que se ha cuestionado que este reconocimiento se otorgue a guatemaltecos que vivimos fuera del país. “Extranjeros”, nos llaman. Dichosos los que han podido permanecer inamovibles en su sitio bajo el cono umbroso de Hunahpú, el volcán de todos. No saben lo que es perder el paraíso, el desconcierto de abandonar las certezas, la incertidumbre de no saber por dónde saldrá el sol por la mañana. Yo les insto a que hagan oídos sordos a esas voces, y que más bien pongan más atención a esas mareas de compatriotas que se agolpan en las fronteras, o doblan la espalda en los tomates de Arizona. Guatemala somos todos, miles de rostros diferentes en distintas partes del mundo. Es cierto que esa es una gran tragedia, pero también nuestra mayor riqueza.

Muchas gracias.

Referencia

Asturias, M. A. (1967). *El espejo de Lida Sal*. Siglo XXI, Editores.